María Rosa Lojo

EL GUARDIÁN

¿Qué era, quién fui cuando solo había montañas y la cara de Dios
/parecía dura
como formaciones de piedra?
Me mandaron a volar por un mundo sin hombres. Estaban
/escondidos.
Temerosos de ser, metidos en las cuevas.
Planeaba y veía. Con el grito del águila les anunciaba los peligros.
antes de que las edades innumerables se convirtiesen en tiempo.
Antes de que se encerrase el tiempo en cajas y en clepsidras,
cuando nada tenía medida salvo la anchura de las alas abiertas.
Entonces hice el viaje. Las almas eran pequeñas como brotes. Doradas. El sol las teñía
/suavemente en las mañanitas
rocosas.
Bienvenidas porque casi no había nada que brotara sobre la inmensidad
y Dios decidió cuidarlas como flores de invernadero.
Yo era el enviado. Parecido a un águila pero no rapaz. Pastoreaba
/los brotes de almas,
las protegía en las hendijas para que no las arrancasen los malos vientos.
En la ferocidad de las tormentas las cubría con mis alas veloces
que se volvían lentas y acolchadas como una manta
para que nada muriera.
Temblor de alas en la memoria de Dios que me mandó
/para amparar su creación imperfecta.
Dios dubitativo, irresuelto, temeroso de las consecuencias:
voluntades libradas a su arbitrio.
Ceñidas por la dureza de la vida terrestre, controladas por la
/indigencia de los límites.
Pero temibles.
Qué haría Dios con sus brotecitos finos que contienen el aliento
dentro de las fisuras de la montaña
para no ser arrancados por el huracán.
No pregunté.
Soy el guardián. Planeaba y planeo sobre la redondez de la tierra
donde el Señor posa su mano de cuando en cuando
y me dice que vuelva a Casa, con los míos, porque me extravío

/cuidando lo irremediable.
Pero yo no lo haré. Le digo a Dios que amo las causas perdidas.
Aquí estaré hasta el fin de los tiempos, Señor,
y no florecerán los brotes de esta tierra sin que los veas.
Inéditos

CON PASOS DE CAZADOR NOCTURNO....

Con pasos de cazador nocturno, escuchando el murmullo
de los astros que caen sobre las aguas quietas, con pasos de peregrino y de amante en vela,
con los ojos atónitos del que
alcanza la orilla de otro mundo inconcebible durante el sueño,
así te asomas a las aguas donde el mundo se invierte, donde
las formas reales del ser y del amor te miran desde balcones ya
intocables, desde terrazas desamparadas y olvidadas, desde los
cuartos de infancia donde la madre cantó por vez primera en el
abrirse original del día, en el momento del júbilo y el tránsito.